

mo abad en 785. Pero no perdieron estos su entereza por los dierios de Elipando, ni les quitó la injuria recibida la circunspeccion y templanza que asunto de tanto peso demandaba ¹. Los que unidos por la fé, no habian temido oponer juntos el pecho á la herejia, acudieron á pulverizar en un solo escrito la expúria doctrina predicada por Elipando en el centro de España, y sostenida por Felix en aquella parte de Cataluña que la espada de Cárlo-Magno acababa de arrancar al imperio de los musulmes.

Aplaudido por los hombres doctos, á quiénes no habia inficionado el error, estimado por extremo en toda la edad media, y respetado en los tiempos modernos, cual precioso monumento en que se refleja una de las más dolorosas aberraciones del ingenio humano, ha llegado felizmente á nuestros dias aquel peregrino escrito, que tuvo el privilegio de salvar nuevamente la pureza del dogma católico, más que nunca adulterado en medio del universal naufragio de las Españas ². Declarando que no aspiraban á

¹ Beato y Etherio se quejaban de la torcida conducta de Elipando en esta forma: «Legimus litteras Prudentiae tuae anno praesenti, et non nobis sed Fidei Abbati, mense Octobri in Era DCCCXXIII clam sub sigillo directas: quas ex relatu advenisse audivimus, sed eas usque sexto kalend. Decemb. minime vidimus. Cumque nos ad fratrem Fidelem, non litterarum illarum compulsio, sed recens religiosae Dominae Adosindae perduceret devotio, audivimus ipsum libellum adversum nos et fidem nostram cuncta Asturia publice divulgatum,» etc. (Lib. I *De Adoptione Christi filii Dei*, ad init.). Debe advertirse que Elipando declaraba en la *Epistola* ó libelo, á que Etherio y Beato aluden, que eran estos herejes, ignorantes en la fé y discípulos del Antecristo (haereticos, ignaros fidei, atque Antichristi discipulos).

² Morales, Mariana, Gabriel Vazquez, Jacobo Cristero, don Nicolás Antonio, Rodriguez de Castro y otros dieron noticia de este tratado de Etherio y Beato, mencionando el antiquísimo códice que guarda la Bibl. Tolet. (manu gothica scriptum), el cual sin embargo no pasa de principios del siglo XI ó fines del X, segun notó ya el docto Perez Bayer (*Bib. Vetus*, lib. VI, cap. II, pág. 443). Lleva la marca Cajon 30, núm. 13, y el título *Liber Etherii adversus Elipandum*, y es en verdad uno de los más preciosos monumentos paleográficos de la indicada época. El tratado se dió á luz diferentes veces, apareciendo (primum ex Bibliotheca Toletana in lucem depromptus) en 1677, formando parte de la *Maxima Bibliotheca Veterum Patrum*, tomo XIII, pág. 353 y siguientes. Don Nicolás Antonio, demás de la edicion de Paris, cita otra de MDCXVI (Inglostadii, in 4.^o): nosotros nos valemos de la lugdonense indicada.

escribir un *panegírico*, y sí un verdadero *apologético* ¹, dividian su tratado en dos libros, consagrado el primero á exponer el simbolo de la fé, conforme á las definiciones del concilio de Nicea, y consignando al par el herético dogma de Elipando, y destinado el segundo á tratar de Cristo y de su Iglesia.—«Jesus duerme en la nave (decian al metropolitano de Toledo), y levantado á deshora »incontrastable viento, nos vemos arrebatados de un lado á otro »por las olas, luchando con la borrasca: ninguna esperanza de »salvacion hay para nosotros, si Jesus no despierta; y con el corazon y la palabra necesario es clamar para decirle: *Sálvanos, Señor: que perecemos*. Y entonces se levantó el Señor, que dormia »en nuestra nave, porque estábamos con Pedro; y mandó al viento y al mar, y la tormenta se trocó en entero reposo. Desde entonces, por la misericordia de Dios, no se conturba esta que Pedro guia, sino esa que Judas gobierna.»

Fiados en la sinceridad de su doctrina y en la santidad de sus fines; animados de aquel ferviente celo que distinguió en otro tiempo á los Padres de la Iglesia y habia resplandecido en Ildefonso; enérgicos, insistentes, vigorosos, como la verdad que sustentaban, acometen pues Etherio y Beato al metropolitano de Toledo, que en vano intenta guarecerse bajo la autoridad, mañosamente invocada, de Isidoro y Eugenio, de Ildefonso y Julian ², ha-

¹ Hé aquí las razones en que se fundan: «Scripsimus hunc apologeticum non panegyricum more adlocutionis mendacii, nec obscurantibus fumosorum eloquentiae sermonum; sed puris sensibus, ut omnes, qui audierint, intelligere possint. Apologeticum est excusatio, in quo accusantibus respondetur in defensionem sui. Et ideo criminantibus respondimus, et nos ab haeresi purgatos, Deo inluminante, invenimus. Panegyricum et licentiosum et lasciviosum genus dicendi in laudibus regum, in cuius compositione multis mendaciis adulantur. Non enim nos mendacium in apologeticis nostris in laudem cuiuslibet regis terreni componimus; sed fidem veram, quam ab ipsis discipulis Veritatis hausimus» (Lib. II, ad init.). De suma importancia es para nuestros estudios el advertir que Etherio y Beato, al definir el *apologético* y el *panegírico*, copiaban al pié de la letra las palabras de Isidoro: este gran maestro habia dicho, definiéndolos: «Apologeticum est excusatio, in quo solent quidam accusantibus respondere.—Panegyricum est licentiosum et lasciviosum genus dicendi in laudibus regum: in cuius compositione homines multis mendaciis adulantur» (*Ethim.*, lib. VII, cap. VII, *De generibus opusculorum*).

² Elipando se conceptuaba, cual metropolitano de Toledo, heredero de la

ciéndole zozobrar en el piélago de las Santas Escrituras, á que se habia imprudentemente arrojado. Pero si ganaban el lauro por ellos noblemente apetecido, acrisolando en la grey cristiana la creencia católica, preconizada en Nicea por el grande Osio y aclamada en Toledo por el ilustre Leandro; si mostraban una vez más que mientras los errores y peligros de la moral ó del dogma nacian ó hallaban calor en la raza visigoda¹, tenían escudo y defensa en la hispano-latina todas las verdades que manaban de las purísimas fuentes del Evangelio,—daban tambien en su lenguaje y en su estilo, no insignificante testimonio del doloroso estado á que se veia reducida la antigua cultura de las Españas. Etherio y Beato no carecian por cierto de brillantes dotes literarias, preciándose de seguir las huellas de Isidoro y de sus discípulos; pero si como el Pacense y Cixila, tienen por de legitima ley el peregrino ornato

doctrina de Eugenio, Ildefonso y Julian, cuya fuente hemos reconocido en Isidoro: así se muestra escandalizado de la contradiccion de Etherio y Beato, diciendo á Felix: «Nunquam est auditum ut libanenses toletanos docuissent» (*Esp. Sag.*, ut supra, pág. 536). Hablando de Isidoro en su *Epistola ad Albinum*, le apellidaba «iubar Ecclesiae, sidus Hesperiae, doctor Hispaniae,» pretendiendo cohonestar su error con la autoridad que alcanzaba el libro de las *Etimologías* (Id., pág. 547). De aquí nació, como cuerdamente nota Mariana, «que á los antiguos santos que alegaban los errados [Elipando y Felix], y de cuyos dichos se valian [de Eugenio, Ildefonso y Julian], cargó Carlo-Magno en la carta que escribió á Elipando,» diciendo «que no es maravilla los hijos se parezcan á los padres» (*Hist. gen. de Esp.*, lib. VII, cap. VIII). En la consideracion literaria importa mucho notar cuán grande era la fuerza de la tradicion, y cuál la autoridad que alcanzaban, aun en medio de la aberracion y el desórden, aquellas grandes lumbreras de la cultura hispano-latina.

¹ Véase lo que dejamos advertido en los capítulos IX y X de esta primera parte sobre la corrupcion personal del clero, los atentados de Sigeberto, que le hacen indigno de la cátedra de Toledo (Concil. XVI, 693), y la desatentada conducta de don Oppas, que no sólo escandalizó á sus coetáneos, sino tambien á los siglos futuros (*España Sagrada*, tomo V, trat. V, cap. IV, págs. 297 y 303). No sea esto decir que fué negado á los visigodos el conocimiento de la verdad: los nombres de Massona y Juan de Biclara, que pronunciamos con respeto, al tratar del III concilio toledano, y el mismo de Theudula, citado arriba, prueban que si arraigaron en la raza visigoda los peligros de la heregia y de la prevaricacion, no por eso dejó de iluminar á sus hijos la verdadera luz evangélica.

de las *rimas*, que iba desfigurando cada vez la prosa; si haciendo gala de aquel primor retórico, muestran el imperio que lograba en ellos la tradicion, tambien descubren claramente que era de todo punto imposible el conjurar la ruina de aquella literatura, que siguiendo las leyes generales de la civilizacion, caminaba á una trasformacion completa¹. Beato daba asimismo insigne prueba de su erudicion en las *Santas Escrituras*, confesada por todos los escritores modernos, al comentar los misteriosos libros del *Apocalypsi*².

¹ Hemos notado ya cómo en Cixila y en el Pacense se perpetúa y aun vá tomando creces el ornamento de las *rimas*, que agrupan principalmente en aquellos pasajes de mayor interés é importancia. Etherio y Beato adoptan el mismo sistema, y desde los primeros párrafos de su tratado leemos: «Sed ubi negavit, Christus ligatus tenebatur: ante praesidem stabat: alapis et colaphis caedebatur: conspuebatur. Nox erat, tenebrae erant, in praetorio erat: ancilla ostiaria ostium clausum tenebat. Adhuc spiritus *santus* plenius Petro non fuerat *datus*. Ubi vero confessus est Christum filium Dei, non erat ligatus. Iesus neque solus: sed multitudo sequebatur eum, quorum mortuos suscitabat, caecos illuminabat, leprosos mundabat, daemones effugabat, et diversas infirmitates curabat,» etc. (Lib. I, párr. II). Fácil nos seria presentar otros muchos egejemplos, donde las *rimas* se repiten con la misma insistencia: comprobado el hecho, bástenos dejar reconocido el curso de la tradicion, para obtener en el momento oportuno las legítimas consecuencias que en el texto indicamos.

² Menciona, aunque de pasada, don Nicolás Antonio los comentarios *In Apocalypsin*, refiriéndose al docto Mabillon, quien habia expresado el deseo de que se diesen á la estampa, como antes lo hizo el jesuita sevillano Luis de Alcázar (*In Apocalypsin*, pág. 89). El entendido don Jaime Villanueva trae en su *Viaje literario á las Iglesias de España* noticia exacta y un tanto circunstanciada de dos preciosos códices del *Comentario del Apocalypsi de Beato*, existentes en las catedrales de Urgel y de Gerona. El primer Ms. es un vol. fól. en pergamino, exornado de grandes miniaturas, en que se representan todas las visiones de San Juan, y parece de mediados del siglo X (tomo XI, carta LXXXV, págs. 171 y 281): casi iguales condiciones ofrece el segundo, bien que es todavía mayor el número de las miniaturas, y tiene la circunstancia de conservar los nombres del copiante y del pintor, y el año en que se acabó aquel peregrino trabajo. Villanueva dice: «Al fin de la última columna se lee con letras mayúsculas: *Senior presbiter scripsit*. Sobre la Ω (con que termina) hay una línea de mayúsculas que dice: *Dominus Abba liber fieri precepit*. Y en otra, debajo de dicha letra, se lee: *Ende pintrix et Dei aiutrix frater Emeterius et presbiter, inveni portum volumine, VI feria, II nonas Iulias*. In

Hallaba pues el error de Elipando merecido correctivo en el mismo suelo en que había comenzado á hacer tan doloroso estrago, salvando una vez más la elocuencia cristiana la pureza del dogma católico; pero faltando ya la autoridad suprema de los concilios que habían dado unidad y fijeza á la creencia, si produjo la clara facundia de Etherio y de Beato el saludable efecto á que aspiraba, no por eso abandonaron Felix y Elipando la herejía, que cundiendo del lado allá de los Pirineos, llegaba por último á escandalizar los oídos del pontífice Adriano, despertando al par la piedad del ilustrado príncipe que iba á ceñir en breve la corona del Imperio. Calificada pues la herejía por Adriano I, reprobada en los concilios de Ratisbona [792], Francfort [794] y Aquisgran [799], y combatida nuevamente por tan esclarecidos varones como Pedro, obispo de Milan, Paulino de Aquileya, y el renombrado Alcuino, era finalmente condenada en Roma por Leon III, quedando, como natural consecuencia, quebrantada la indómita entereza de Felix y de Elipando ¹, y acrisolada de nuevo la verda-

»is diebus erat Fredenando Flagini et Avillas Toleta civitas, ad debellando »Mauritaniae, Era millessima XIII [año 973]» (tomo XII, *Cart.* XCI, páginas 118 y 119). La Real Academia de la Historia ha adquirido en los últimos años otro códice, que perteneció al monasterio de San Millan de la Cogulla, de letra del siglo XI, y enriquecido de miniaturas é iniciales de colores: fué escrito «tempore Benedicti, Abbatis VIII Sancti Emiliani, per Albinum monachum eiusdem, in Era MCCXVI (año 1178). La Biblioteca Nacional posee finalmente otro Ms. del *Apocalipsi*, por extremo curioso é interesante, que es el mismo examinado por Morales en San Isidoro de Leon, adonde lo hubo de ofrendar sin duda Fernando I, quien tanto enriqueció aquella iglesia, y en cuyo tiempo se escribe. Estos dos códices procuró describir don José Eguren en su *Memoria de los códices notables conservados en los archivos eclesiásticos*, premiada por la Biblioteca Nacional.—Beato dividió su *Comentario* en doce capítulos, y segun advierte en varios pasajes, lo escribió desde 784 en adelante, terminada sin duda la controversia de Elipando, y lo dedicó á Etherio, á cuya instancia lo compuso.

¹ Felix abjuró una y otra vez la herejía, quedando por último despojado de la silla de Urgel, dependiente de la autoridad de Carlo-Magno. Créese que Elipando reconoció tambien su error, volviendo al seno del catolicismo (Flores, *Clave Historial*, siglo VIII).—Los lectores que desearan más pormenores sobre esta tribulacion de la Iglesia española, pueden consultar el tomo V de la *España Sagrada*, donde se publican muy importantes documentos inéditos

dera fé de los Isidoros é Ildefonsos, que iba á ser en breve sellada con la sangre de los mártires.

Lejos pues de haber roto aquella desconsoladora aberracion los vínculos que unian á los cristianos, sólo contribuyó á estrecharlos, exaltando con el triunfo de la verdad su entusiasmo religioso. Mas no porque fueran estériles los esfuerzos de Felix y Elipando para sembrar la cizaña, creyendo acaso hacer el bien, dejan de revelar el miserable estado de la Península Ibérica en la segunda mitad del siglo VIII. Semejante extravio, que se ha considerado principalmente como una prevaricacion hija de la vanidad y soberbia de los prelados que siguen tan perniciosa doctrina, corresponde en el orden moral á la gran catástrofe que lloraba la nacion entera en el orden político, y advierte al historiador y al filósofo que no era este el único peligro, á que estaba expuesta la fé de los mozárabes, bien que exaltada sin cesar por los males del cautiverio.

Sólo un camino podia conducir por entre innumerables escollos á puerto de salvacion en medio de aquella borrasca y de los nuevos conflictos, con que la sagaz política de los Califas amenazaba á los cristianos sometidos al yugo del Islam; y este camino fué seguido con tan extraordinario aliento, que ni escollos ni abismos pudieron contener á la generosa grey que, oprimida bajo insufrible coyunda, todo lo sacrificaba en aras de la libertad de su conciencia. Ya lo hemos indicado: sin más armas que la fé, ni otro guia que la tradicion recibida de sus mayores, rechazando toda influencia contraria á la religion y á la moral que de ella emanaba,

y se reproducen otros de no menor estima. Entre ellos merecen especial consideracion los *Fragments de algunos escritores antiguos extranjeros*, que empiezan á la página 561. El último es un pasaje *De gestis Caroli Magni*, anales escritos en verso por un poeta sajón del siglo IX. Este dá á Felix por autor de la herejía, diciendo:

Celsa Pyrinaei supra inga condita montis
Urbs est Orgellis, Praesul cui nomen Felix
Praefuit. Hic haeresim molitus condere pravam,
Dogmata tradebat Fidei contraria Sanctae,
Affirmans, Christus Dominus, quia corpore sumpto
Est homo dignatus fieri, non proprius ex hoc,
Sed quod adoptivus sit Filius Omnipotentis, etc.

se aprestan los mozárabes á sostener una de las más heróicas luchas que ofrece la historia de los tiempos medios; y si no pueden la fé y la tradicion darles sobre los sectarios de Mahoma el mismo triunfo, alcanzado dos siglos antes contra los secuaces de Arrio, revistenlos de aquel invencible espíritu que animaba á los cristianos independientes, habiéndose menester al cabo del exterminio para sofocar su perseverancia religiosa y domeñar su patriotismo.

Contemplemos este interesante y maravilloso espectáculo en el capítulo siguiente, no sin dejar antes consignada una observacion, interesante por extremo para los estudios que vamos realizando. Cuantos escritores florecen en los primeros dias de la servidumbre mahometana, debian su educacion literaria á la decadente monarquía visigoda, apareciendo filiados en la triple escuela de los Bráulios, Eugenios y Paulos Emeritenses, que reconocia su centro y cabeza en la escuela de Sevilla, fundada por Leandro é Isidoro ¹: cuantos cultivan las letras, tras estos primeros momentos de zozobra, lejanos más cada dia de aquella fuente, viven sólo de la tradicion, conservada por la Iglesia en medio de los mayores conflictos, ora volvamos la vista al suelo de la Bética, ora fijemos nuestras miradas en los valles de Astúrias. Expuesto ya, si bien con la sobriedad que pide la naturaleza de nuestros trabajos, cuanto á los primeros se refiere, conveniente juzgamos pasar al estudio de los segundos.

¹ Inútil nos parece cargar esta parte de nuestros estudios con los nombres de ciertos escritores, tales como Servando, obispo de Orense, Julian, diácono de Toledo y griego de nacion, famosísimo por los cronicones que se le atribuyen, Arcárico, Venancio, Gudilita, Laimundo, Isidoro Setabiense, Severo y otros muchos, de quienes sólo hacen mencion los falsos *Cronicones* citados. Reducidos estos á su verdadero valor por la diligencia y perspicuidad del docto sevillano don Nicolás Antonio, probadas asimismo las incoherencias relativas á estos supuestos escritores del siglo VIII (*Bibl. Vetus*, lib. VI, caps. I y IV), y no existiendo obra fehaciente de las que el fecundo forjador de los expresados *Cronicones* les atribuye, juzgaríamos reprehensible empeño el de atribuirles un lugar sólo concedido por la crítica á los varones, de cuya existencia y mérito no puede dudarse, reputando además como peligrosa, sobre inútil para los hombres realmente doctos, toda disquisicion que pudiera derramar nuevas dudas respecto de hechos enteramente depurados y hasta la saciedad esclarecidos.

CAPITULO XII.

ESCRITORES CRISTIANOS DEL CALIFATO.

ESPERAINDEO, ÁLVARO, EULOGIO, SAMSON, etc.

Política de los Califas respecto de los cristianos mozárabes.—Veda Hixem el uso de la lengua latina y obliga á la juventud á educarse en las escuelas arábigas.—Reaccion del sentimiento católico.—La Iglesia, el culto y la liturgia.—Escuelas mahometanas: escuelas cristianas.—Su ciencia y literatura respectivas: distintos fines de unas y otras.—El abad Esperaindeo: su *Apologético contra Mahoma*.—Nueva exaltacion del sentimiento religioso.—El martirio.—Concilios de Córdoba.—Álvaro y Eulogio.—Su autoridad é influencia respecto de los mozárabes.—Sus obras.—El *Documentum martiriale* y el *Indiculus luminosus*.—Su exámen.—Carácter de la elocuencia de Eulogio y de Álvaro.—Martirio de Eulogio.—Su vida escrita por Álvaro.—El himno en su alabanza.—Poesias de Álvaro.—Efecto de la muerte de Eulogio en la raza mozárabe.—El abad Samson y su *Apologético*.—Cansancio y postracion de los cristianos.—Leovigildo y Cipriano: sus escritos.—Caractéres generales de todas estas obras.—Su identidad con el estado social del pueblo que las produce.—Aversion de las razas árabe y cristiana.—Efectos de la misma.—Expulsion de los mozárabes andaluces: su aniquilamiento, como pueblo, en la Península Ibérica.

• Apartando la vista de los disturbios intestinos é interminables rebeliones que alteran la paz del Amirato español, cual testimonio inequívoco de la ferocidad nativa de aquellos guerreros que, despues de sacudir el yugo de los Califas de Damasco, no se daban por satisfechos sin tener encendida la tea de la discordia; sepa-